

Aproximación Crítica  
a la Obra  
"ESA ESQUINA DEL PARAISO"  
de Rosa Ma. C. de BRITTON

Por: JULIO C. MORENO DAVIS.

En abierto contraste, estético y social al mismo tiempo, el apartamento del Cangrejo, barrio de ricos, barrio selecto: papel decorativo en las paredes; lámparas de cristal en el techo con un sofisticado interruptor que cambia la intensidad de la luz al gusto; el bar repleto de bebidas y el componente tocando música instrumental. La decoración se completa con los "gruesos cortinajes de color rosado brillante" y la sobrecama del mismo color; las mesitas de noche BLANCAS; la alfombra BLANCA; la peinadora BLANCA; el teléfono BLANCO. Es difícil precisar si esta sinfonía de colores en que predomina el blanco responde en la escritora a un capricho decorativo que se enmarca dentro de sus gustos estéticos o si tiene en realidad una connotación simbólica. Suponemos que hay un poco de ambos, particularmente porque en la obra se hace notoria la denuncia racial. En Esa esquina del Paraíso: los blancos, los puros, los perfectos, los rubios con ojos verdes y azules--los del gold roll; acá, los del otro lado, los negros, los impuros, los imperfectos, los ojinegros u ojipardos u ojichocolates--los del silver roll. Allá la tierra de la abundancia, la de "leche y miel", la de los comis y casinos de oficiales. Acá "la del arroz con porotos, carne guisada y plátanos maduros"; la de los que "llevan la miseria colgada del pescuezo", según apreciación de Rosa-Joven. En ese micromundo es donde todo transcurre: actitudes, sentimientos, carencias existenciales, sufrimientos y frustraciones, ilusiones inéditas y felicidades fugitivas. Ese es el escenario de Esa esquina del Paraíso.

Escribió Erich Fromm en el Corazón del Hombre, parafraseando a Honoré Balzac, que "el destino del hombre es su carácter". Aristóteles --quien comparte con Goethe, Da Vinci y Einstein el haber sido los genios más grandes del mundo occidental--, profundo conocedor de la naturaleza humana, nos descubrió que había en el ser humano dos naturalezas: una, el pathos, el temperamento, lo emotivo; el otro, el ethos, el carácter, su "segunda naturaleza", aquello que se "monta" en el individuo y que constituye ese conjunto de cualidades morales que distinguen a un ser de otro ser y se adquieren por hábito (hexis). Sus diferencias expresan los grados en que un individuo ha de tener éxito en el arte de vivir.

Las precisiones conceptuales que preceden quieren servir de marco descriptivo-teórico y de premisa a las cogitaciones que realizaremos en torno al perfil caracterológico de los personajes más salientes de Esa esquina del Paraíso.

Con pericia metodológica y perspicacia, la autora delinea los rasgos de los protagonistas; presenta su retrato físico y moral ubicándolos dentro de estadios de tiempo y espacio que se suceden alternadamente. El pretérito y el presente, el ayer y el hoy, se explican mutuamente; se juntan y se separan a capricho de la escritora permitiéndonos conformar una visión clara del porqué de sus actitudes, reacciones, estados anímicos y frustraciones. Queda para el espectador, claro está, penetrar en el verdadero sentido de los actos y las palabras en virtud

de esa conciencia intencional que todos poseemos inadvertidamente y analizar la validez de las tesis que implícita o explícitamente allí se consignan.

Dentro de la constelación de los personajes de la obra, algunos desempeñan en la trama un papel fugaz e in trascendente; otros sólo se mencionan a propósito de una conversación trivial; pero que apunta a recalcar algo relevante para la comprensión de un personaje. En orden de mención aparecen en escena Fredesvinda Gómez, la antigua vecina de la calle 13; Mirta Serrano, la estudiante abanderada del colegio de monjas, hija del adinerado don Carlos Serrano, "dueño de medio Panamá"; Vielka Suarez, la amiga pobre; Richard y Jerry Allen, ambos gringos, y por supuesto blancos, amantes fugaces de Eugenia y sus compinches de aventuras por el Paraíso; Mr. Davis, el banquero, un "viejo verde"; Miriam, amiga del banco donde trabaja Eugenia, la que comparte los sueños con Jenny de "pescar" un gringo, lo que al fin se cristaliza; Juana Garrido, la difunta, la que murió de alguna enfermedad, pues "nadie se muere sano" al decir de Mercedes en tono irónico; Maritza, la casamentera, hija menor de Carmen Vergara, quien se casa con Fernando Reina, una vez admirador y cortejante de Eugenia, y enamorado frustrado y rechazado por Rosa-Joven porque, a decir de ella, "el negro es negro y lo que suda es tinta y donde cae mancha y la mancha nunca se quita. . ."; Bill, el autor de la "barriga sin nombre" de Rosa-Joven, siendo casada; y el teniente Jerry Wilcox, a nuestro juicio, el fin del eslabón de las frustraciones amorosas de Jenny.



Lo que la obra pone de relieve es la historia recurrente, como repetida en cassette, de las vicisitudes, ilusiones, trifurcas, discusiones, esperanzas y concepciones sobre lo que es la vida y lo que significa "vivir" para un sector de la comunidad panameña de la ciudad --es importante subrayar esto-- que aquí se representa en una familia típica de un barrio pobre.

Los personajes que mayor impresión causan por la descripción moral que nos proporciona la autora son Pedro Carlos, alcohólico, irresponsable en la paternidad, machista (. . . <sup>va</sup> sembrando hijos por toda la República con sus mujerzuelas"), apesta en su doble dualidad de adúltero impenitente y cornudo conformista que acepta cínica y calladamente el secreto a voces de una paternidad espuria, sólo por vanagloriarse ante el vecindario de la hija blanca de pelo rubio. El retrato de Rosa-Joven de Pedro Carlos es escalofriante::

"Pedro Carlos, que en el infierno esté, se casó conmigo y después de seis meses de luna de miel, nunca más supe lo que era sentirse amada. . . Si no se hubiera muerto en ese accidente, quizás habría acabado por matarlo yo misma . . . Era capaz de cualquier bajeza . . . Cuando me avisaron que lo habían encontrado atropellado, grité y lloré como correspondía y por dentro, me alegré que hubiera pagado todas sus maldades apachurrado como una cucaracha".

"¿No te acuerdas el velorio?", le dice a Mercedes. "El poco de hijos por fuera fueron apareciendo a pagar sus respetos, sus mujerzuelas que gritaban como poseídas y yo en medio, tratando de hacerme la desentendida y a la vez aparentar dolor . . . Aun después de muerto, Pedro Carlos se burlaba de mí".

El juicio moral habla por sí solo. Pero importa consignar que Pedro Carlos, desgraciadamente, no es la excepción sino

la regla en esa comunidad donde los hombres actúan condicionados por equívocos impulsos de virilidad; una concepción que singulariza al criollo, al mestizo, al indio y al negro. Es un fenómeno hispanoamericano.

Clotilde, la hija menor de Rosa-Joven, indiferente, indolente, burlona, inútil y coqueta, siempre frente a la rejilla a la búsqueda de una "barriga sin nombre" anunciada y que al fin logra. Su madre tiene esta imagen de ella:

". . . Mírala", le dice a Mercedes, "colgada el día entero de la rejilla, sin preocuparse lo más mínimo por nada, sacándole fiesta a todo hombre que pasa por aquí. Desde que fracasó en la escuela y tuvo que salirse, más nunca se ha ocupado de aprender algo útil. Traté que le cogiera gusto a la costura y acabó co-siendo los dedos. ¡No sabe pegar ni un botón! Quise enseñarle a cocinar y quemó hasta el arroz. Le pido a Dios que se compadezca de mí y se la lleve pronto antes de que nos avergüence aún más . . ."

Elsa, la hija mayor de Rosa-Vieja, desafortunada en el amor, demasiado fértil para su desgracia, madre de otros tantos "monigotes", así los llama despectivamente Rosa-Joven, productos de sucesivas "barrigas sin nombre".

Eugenia, en un arrebató de ira y decepción, satiriza cruelmente a sus hermanas y sus proles, así:

". . . mis sobrinas salieron como sus madres: putas como gallinas y paridoras como conejas".

Y en otro parlamento riposta a un comentario de su madre, así:

"¿Suerte? Y, ¿qué tiene que ver la suerte con parir media docena de hijos de cinco hombres distintos? ¿Suerte? ¿Es así como le llamas a la promiscuidad? Son unas irresponsables que se embarazan sin tener cómo mantener a los hijos y luego andan por ahí quejándose de su suerte".

Mercedes, la hermana (¿mayor?) de Rosa, maestra jubilada y solterona, es, según la autora, la "voz de la conciencia". Crítica, juez y jurado y, a veces hasta verdugo de las acciones de Rosa. Irrita su presencia, su actitud compulsiva a señalar faltas en los demás, particularmente en su hermana (¿menor?). En la gama de conflictos familiares, no es parte de la solución, sino de los problemas. Se nos antoja con un concepto simplista de la vida, demasiado superficial para ser una educadora, o quizás por serlo.

Ante las reconvenciones amargas y hasta blasfemas de Rosa, contesta con severas advertencias de orden religioso:

"¡Santísima Trinidad! No hables así que Dios te puede castigar".

"¡Por Dios!, Rosa. No puedo creer que le desees la muerte a tu pobre hija (Elsa)".

"Dios te va a castigar por soberbia".

"¡Jesús, María y José!, no hables así Rosa".

No obstante, es visible su inconformidad y enojo frente a los prejuicios sociales y raciales de su hermana:

"Ellos", le advierte refiriéndose a los gringos, "son igualitos a nosotros: pobres, ricos, borrachos, sobrios, llenos de defectos y algunas virtudes".

Y como para asentar bien firmemente su calidad de humanos, sentencia:

Y te tengo una sorpresa . . . Obran y mean igual que todo el mundo . . ."

Rosa es uno de los entes protagónicos de la obra. La escritora se esmera mucho en presentar los rasgos de su personalidad, sus creencias, prejuicios, inclinaciones y convicciones. Lo logra situándola dentro de dos escenarios distintos y en estadios de tiempo y espacio que permiten apreciar alternadamente los dos momentos de su vida: el de Rosa-Joven y Rosa-Vieja.

La vida íntima de ambas Rosas se entrecruzan dándose una a la otra explicación de los porqués de sus acciones y sus modos de ver la vida.

Rosa-Joven, la costurera, de "pelo negro y piel oscura", ha establecido con indisimulado cálculo una jerarquía entre su prole. Elsa y Clotilde son para ella una especie de "ovejas negras" de la familia. No vacila en reprocharles a cada instante, y con acritud, su dejadez, inutilidad, camajanería, liviandad; pero, sobre todo, sus "barrigas sin nombre" que acepta resignadamente:

"Yo la mantengo", dice refiriéndose a Clotilde, "y he soportado la situación sin protestar porque sé que no tiene esperanzas de salir de todo esto".

Y sobre Elsa expresa:

"La otra tiene marido; pero, ¿de qué sirve? Un borracho, sinvergüenza y vago que la tiene trabajando

todo el día mientras que él se pasea con otras".

Astiada se desquita llamando a sus nietos "monigotes" y denunciando sus defectos:

"Mira mi nieto Carlitos (. . .) que sigue el mismo camino de vagancia. En la escuela no lo aguantan y me dicen que necesita educación especial y para un pobre qué es esto".

Es ostensible la discriminación y humillación de qué hace objeto a Clotilde hasta casi convertirla en una sirvienta de Eugenia, su hija predilecta:

"Anda y compra unas naranjas para hacerle una chicha a Eugenia que mañana tiene exámenes y va a estudiar hasta tarde".

Clotilde se defiende a su manera caricaturizando ese exceso de amor maternal de su progenitora que la punza muy hondo:

"Aquí están las naranjas para la señorita Eugenia".

El acento que pone en el término señorita parece indicar el estado anímico de quien se sabe señalada por una "metida de pata" --como diríamos nosotros-- que no se acaba de perdonar. Para Rosa-Joven, la alusión no pasa inadvertida y la reprimenda no se hace esperar:

"Ponte a cocinar, Clotilde, y déjate de molestar a tu hermana que mañana tiene exámenes".

La reiterada referencia a los "exámenes" tiene el fin de hacer contrastar la inclinación a la superación académica de

Eugenia con el rotundo fracaso escolar de Clotilde. La secuela es un velado resentimiento hacia su afortunada hermana.

La devoción maternal por Eugenia y la radical diferencia que se marca entre las hermanas se precisa en este parlamento:

"Ella es distinta. Dios me la trajo para aliviar el resto de la mierda que me ha tirado encima toda la vida".

Todas las acciones de Rosa-Joven están condicionadas por su "mundo interior" plagado de prejuicios sociales y raciales y por un errado concepto de la "vida buena". No es la "vida buena" la que su ideal propugna, sino la "buena vida" afincada en una orientación mercantil del carácter que Erich Fromm, en su obra Ética y Psicoanálisis, describe así:

"[Para estas personas] el éxito depende de cómo vende uno su propia personalidad, uno se experimenta a sí mismo como una mercancía o más bien, simultáneamente, como el vendedor y la mercancía en venta. La persona no se preocupa tanto por su vida y felicidad como por ser 'vendible'".

Los prejuicios sociales afloran sin cesar ante cualquier circunstancia. Algunos textos son reveladores al respecto:

"Y, ¿qué tiene de malo tratar de mejorar nuestro destino? Casada con uno de éstos de calle 13 estarías viviendo en la pobreza, contando los reales, llena de hijos, la miseria colgada en el pescuezo . . ."

". . . como somos pobres, te dejaron por fuera y quedó Mirta Serrano de abanderada, aunque tú tienes las mejores notas de la clase".

"Francamente, la familia de Vielka Suárez no es de mi agrado. El hermano mayor toca en una orquesta o algo así . . . El que con chusma se junta . . ."

"Bien te lo advertí", le dice Mercedes a Rosa, "cuando insististe en matricularla en ese colegio de niñas ricas".

"Son todos unos vagos, sin oficio ni beneficio que acabarán algún día en la cárcel por maleantes". Alusión a los de la calle 13.

Los prejuicios raciales son aún más acentuados dentro de ese universo vital donde mora Rosa-Joven. A cada instante, y por la mínima circunstancia, su fobia racista se patentiza. Es un racismo social y biológico que se le cuela por los poros. He aquí algunos ejemplos:

"A que no has visto a una morena tocando en la banda en las paradas del tres de noviembre";

"lo que no le perdonan a mi hija es que a pesar de ser pobre, y vivir tras una rejilla, tiene la piel blanca, pelo rubio y es mucho más inteligente que otras que se suponen son de sangre azul";

"la dejaste ir sola", increpa Mercedes, "vestida de primera comunión, sola por las calles como si se tratara de un día cualquiera, para que no supieran las monjas ni las otras niñas que la madre de Eugenia es morena";

"date golpes de pecho", dice a Jenny, "que salistes a mi abuela, una señora muy digna que cometió el error de casarse con un negro . . . Ah . . . sí . . . La abuela blanca";

". . . Con el inglés que está aprendiendo, podría hasta casarse con un gringo";

". . . el negro es negro y lo que suda es tinta y donde cae mancha y la mancha nunca se quita";

"Y ¿qué va a hacer Eugenia cuando sus hijos le salgan negritos"? le pregunta Mercedes a Rosa;

"[Elsa] "ha dejado los hijos conmigo para que se los críe y el marido lo poco que gana se lo gasta en licor y mujeres. Negro tenía que ser . . ."

"¡Qué gente ni san gente! Y ¿por qué no? Ella tiene derecho a casarse con un gringo".

Toda la obra está plagada de estas alusiones que dejan traslucir un singular sentido de la vida y de un ideal de perfección social y económica que comentaremos posteriormente.

Eugenia (Jenny), comparte con Rosa el rol protagónico de la obra. No se oculta dentro del seno familiar su situación privilegiada destinada a destacar su condición de niña "blanca de pelo rubio". Ha sido criada para salvar la imagen de una familia de "morenas" estigmatizadas por el color de la piel y un destino sin futuro. Representa el "salto hacia adelante". Estudia en un colegio de ricos regentado por monjas que no disimulan su inclinación "clasista", y que dejan ver bien claro que no sólo el color de la piel, sino también el dinero, fundamentalmente el dinero, priman sobre el talento. Rosa-Joven lo expresa en palabras que denotan un resentimiento profundo:

"Ella es la más bonita de su clase y por eso muchas le tienen envidia. Hasta las monjas quisieran desaparecerla del mapa porque es mejor que las hijas de esos señorones importantes a quienes cepillan a todas horas para sacarles más plata".

Esa convicción, sin embargo, no le impidió mantenerla en el colegio a pesar de la advertencia de su hermana Mercedes quien le dijo:



"Los pobres con los pobres: es mejor así. El que no se ajuste a la realidad, tiene que atenerse a las consecuencias".

Nada ha sido descuidado en la educación e instrucción de Eugenia: se le instruye en un colegio caro; se le enseña inglés, lo que facilitaría la posibilidad de "casarse con un gringo". Se le cuida su salud ("... no te olvides de tomarte dos cucharadas de Vino Sansón . . . Tienes la hemoglobina baja y el doctor quiere ponerte inyecciones de hígado"); se le viste elegantemente ("Te quedará mejor un modelo de cuello alto, estilo princesa"); se le cuida la "línea" que amenaza la celulitis ("[esas] bolitas de grasa que se van acumulando y enseñan sus horribles cabecitas bajo la piel"); se le prescribe dieta, se seleccionan las esencias que emplea y los tratamientos para evitar arrugas: "a ver piel, si con tanto tratamiento evitas las arrugas", se dice Eugenia en la intimidad de su recámara mientras ensaya sus ejercicios aeróbicos.

Tanto mimo y atención no podían menos que desarrollar en ella una sicología triunfalista que le hacían lanzar jactanciosamente expresiones como estas:

"... nací inteligente y bella, tengo al destino cogido por el rabo, y se lo puedo torcer cuando me venga en ganas".

"Heme aquí, en la plenitud de mis años, lista para lo que venga, soltera y sin compromisos, porque en toda la República no hay hombre que merezca semejante tesoro. . . ¿Qué digo yo en la República? En todo el continente . . ."

Soberbia, engreimiento, vanidad, arrogancia, egocentrismo, orgullo, son los rasgos deformantes de la personalidad de Eugenia, además de la astucia, cálculo y obstinación. Ello la hace diferente a sus hermanas: ella escoge, selecciona sus objetivos humanos; tiene una meta definida: "Tengo que entrar a esa esquina del paraíso por la puerta grande . . . De alguna forma lo voy a conseguir". Tiene, pues, que cuidarse para no ganarse una "barriga sin nombre" como aquéllas. La astucia y el cálculo de Eugenia se pueden apreciar en el siguiente texto en donde le comenta a Rosa-Joven riéndose:

"Las ganas no le faltaron, pero no me dejé tocar más allá de la cintura; unos cuantos besitos para dejarlo con ganas de más. . . Cuando bailábamos me cuidaba de esquivar el bulto duro que sentía por allá abajo entre sus piernas tratando de frotar mis muslos. Miriam dice que a los hombres para amarrarlos hay que dejarlos siempre con ganas. . ."

No sólo hay que cuidar la imagen exterior, sino también el entorno donde se mueve. Por eso hay que vivir en el "Cangrejo", alejarse del "ghetto", donde sólo hay vagos, borrachos, sujetos sin futuro, pero sobre todo negros: "porque el negro es negro y lo que suda es tinta y donde cae mancha y la mancha nunca se quita . . ."

No hay que correr riesgos en el camino hacia esa "Esquina del Paraíso"; hay que ocultar las raíces, porque incluso la abuela blanca "cometió el error de casarse con un negro". Hay que esconder a la madre morena, la costurera, la que cometió el adulterio con un gringo anónimo y transeúnte. Y el mejor modo

es hacerla aparecer como la sirvienta y en ocasiones como celestina:

"Les digo que tú no me dejas salir con nadie y que por eso no me pueden acompañar a mi casa en Bella Vista, porque me regañas . . ."

"Ya sabes cómo son esas empleadas viejas que a la larga se creen dueñas de uno", es lo que Jenny le dice a Molly, la amiga de aventuras nocturnas;

"Rosa, hazme el favor de planchar el vestido amarillo de hilo. Tengo una cita importante y quiero verme regia . . ."

Las relaciones entre Eugenia y Rosa nunca son cordiales; no se traducen en ese vínculo de respeto y de amor filial usual entre hijos y madres. El trato y el comportamiento que mutuamente se profesan las hace aparecer como dos seres extraños sin ninguna inclinación afectiva. Rosa no aconseja, no educa; sólo regaña, demanda, reconviene con amargura. Eugenia riposta, rechaza, siempre a la defensiva; pronta al roce verbal. Sus respuestas suelen ser del tenor siguiente:

- "Eso no es asunto tuyo, Rosa";
- "Tu opinión me tiene sin cuidado";
- "¿de qué te quejas?";
- "¿Estás loca?";
- "Rosa, me planchaste el vestido azul de flores?; Me lo quiero poner ahora";
- "Y ¿dónde están los candidatos a mi blanca mano?";
- "Ay, ¡carajo! No me digas que vas a comenzar otra vez con esa matraquilla. . . Déjalo para otro día que no estoy de humor para tus martirologios"

No se podía esperar otra cosa. Rosa-Vieja cosechaba lo que sembró en el alma y la mente de Eugenia. "Ella sí volará", solía exclamar. Pero no la dejó desenvolverse por sí misma, le

arrebató iniciativa e independencia; le inculcó su sentido errado de la vida buena llena de valores negativos e inferiores. Esa idea de lo mejor, de la perfección, lo expresa con esta reflexión:

"Todos tenemos derecho a aspirar a algo mejor. Para eso Dios nos dio la inteligencia y la ambición. Todos tenemos derecho a subir en la escala social. Si nos conformamos con lo que tenemos al nacer, el hombre estaría aún viviendo en una cueva sin salir jamás a descubrir el mundo, a inventar cosas nuevas. . . Seríamos todos unos salvajes en la selva, desnudos, ignorantes, arañando la tierra para sobrevivir. . ."

La equivocación se hace patente en su hostilidad hacia todo lo que huelga a panameño. Al panameño lo considera fuente de defectos, el más señalado es el de ser "negro" o "moreno". En abierto contraste sitúa al "gringo" --nunca lo llama "norteamericano"-- dentro de la máxima perfección física y moral. No extraña por eso que Eugenia tenga una fijación mental hacia "lo gringo"; una especie de "gringolatría" o "gringofilia" que la lleva incluso a seleccionar cuidadosamente los lugares que visita dentro de Esa esquina del Paraíso. A Molly le dice:

"¡Ay, no, ese clubhouse no me gusta! Allí ya no se puede ir. ¡Está lleno de panameños! Con Torrijos empujando empujando para firmar nuevos tratados, la Zona está convirtiéndose en tierra de nadie. No tienes idea de la cantidad de personal de Pan Canal que ha pedido traslado para los States. Tienen miedo que si el gobierno coge la Zona todo se irá al carajo. Mejor vamos a uno de los fuertes: allá por lo menos los americanos todavía mandan. ¿Qué te parece el Club de Oficiales de Clayton?"

Jenny, ya en las mismas entrañas de Esa esquina del Paraíso inicia su peregrinaje incesante para concretar su sueño. Bill, los Jerry, Richard, Charles, son amantes gringos que se suceden en su vida sentimental; son como cadáveres que amorosamente va dejando en su frenética y desesperada búsqueda de su Arco iris. Cada fracaso revive recuerdos de lo que pudo haber sido y no fue, de un juventud que va extinguiéndose rápidamente. "Maldito tiempo que no reconoce dueño", exclama ya cuando frisa en los treinta y siete años.

La realidad que experimenta la desquicia. Lo que ha sido su vida pasa por su mente como si estuviera viendo una película romántica curse. Recuerda lo que dijo a Rosa cuando le hablaba de sus muchas oportunidades con jóvenes de esos que llaman "buenos partidos" en el habla criolla:

"¡. . . ninguno estaba a tu altura! ¿No recuerdas, mamá? Unos eran pobres, otros demasiado feos y lo que era peor, negros . . . ¿No recuerdas, mamá? Hay que mejorar la raza, decías, hay que mejorar la raza. No tiene sentido casarse con alguien peor que uno y en eso he pasado los años, en la busca de ese alguien perfecto para mí . . ."

¿"Qué fue de aquella Eugenia que "tenía el destino cogido por el rabo"? ¿Qué de aquella que decía "que en toda la República no había quien mereciera ese tesoro"? Ahora Jenny que parece despertar penosamente ante la cruda realidad de que Maritza, la hija menor de Carmen Vergara, la de la calle 13, se casa con Fernando Reina, el sujeto "bastante moreno" que a ti (Rosa-Joven) te caía mal; el que nunca iba a servir para nada, porque "el negro es negro", etc.; y que su amiga de aventuras

por el Paraíso, Miriam, "se casa el mes que viene con un oficial de los marines".

Y Jenny a la espera, y con el estigma anunciado por Rosa de la abuela blanca que metió la pata con un negro; y la advertencia aterradora de Mercedes que anuncia:

"Y, ¿qué va a hacer Eugenia con los hijos cuando le salgan negritos . . . igual al resto de la familia"?

Si bien se mira, Eugenia comparte finalmente el destino de sus hermanas: no hay una "barriga sin nombre" a la vista --"yo no voy a ser querida de nadie"--; pero la mala suerte sí prevalece. Todos sus amores terminan en fracasos rotundos que acepta con un conformismo casi dramático:

"Por lo menos, mi primera caída fue por amor y con intenciones matrimoniales, con tu pleno conocimiento y aprobación", le recuerda a Rosa-Vieja;

"No te preocupes por mí, Jerry Wilcox, me recuperé de la herida, ya ni se ven las cicatrices. ¡Soy una alumna excelente! Con un sólo golpe aprendí bastante. Y ahora, a ver que me trae este otro Jerry de apellido Allen".

El despertar de ambas, madre e hija, es en verdad una pesadilla. Eugenia, al hacerse consciente de que ha perdido el tiempo, un tiempo irreversible que se marca en su rostro y en su alma. Rosa-Vieja, al descubrir con estupor lo que ha hecho de su hija, su niña "blanca de pelo rubio", la del "salto adelante", la que "si volará". Eugenia, "la más bonita de su clase", la envidiada. Ella, se ha convertido en su sirvienta y en su celestina. Y se rebela tarde contra ello:

"No quiero seguir pasando por tu sirvienta", increpa a Jenny;

"Te conseguí la educación en ese colegio cosiendo día y noche y ¿para qué? Si has terminado siendo una puta cualquiera. UNA PUTA CUALQUIERA . . ."

Y Jenny aprovecha para revelar lo que creía Rosa-Vieja que era un secreto bien guardado de su vida íntima:

"A mí me llamas puta, Rosa? ¡Mira quien habla . . .! Dime, Rosa, y el gringo ese con quien copulaste para hacerme como soy, ¿en dónde lo pescaste?"

Rosa-Vieja sólo atina a suplicar ante la desbordante cantidad de improperios y de recriminaciones de su hija:

¡"Dios mío! ¿Por qué me castigas así?"

El presente y el pasado se confunden; el hoy y el ayer se entrelazan. Hay, empero, una significativa diferencia: Si ni Eugenia ni Jenny fueron capaces, dentro de su tiempo y espacio vital de llamar aunque fuera una sola vez mamá o madre a Rosa-Joven o a Rosa-Vieja, ésta que se negaba sistemáticamente a llamar a su hija Jenny, porque le "sonaba a detergente, de esos que anuncian tanto en la televisión", ahora por vez primera la despide con la ya consabida pregunta:

¿"Llegarás muy tarde esta noche, Jenny: Quieres que te espere"?

Ni consentimiento ni complicidad al uso. Es la voz de la madre que ahora mira a su hija ya perdida para siempre con aflicción, atormentada ternura y cristiana comprensión porque

se da cuenta que su Eugenia es definitivamente la Jenny de Bill, de Richard, de Charles, de los Jerry, de . . .

Y un sentimiento de culpa tardío invade su alma ante la desconcertante realidad que se abre ante sus ojos; sobre todo cuando le confiesa con crudeza la verdad sobre su vida; una forma de vida que había estado presente y que se había negado a aceptar:

¿En dónde me equivoqué, Señor? Yo la empujé a escoger este camino . . . Yo sola soy culpable de todo esto. Castiga mi soberbia, pero ten piedad de mi hija, devuélvele el alma que perdió metida en esta jaula rosada . . ."

Recuerdo haber leído en mi adolescencia un pensamiento de Wagner que se me quedó grabado para siempre, y que bien puede servir de final a este asedio analítico-descriptivo:

Juventud, si no pones música en tu juventud, tu vida será como un pájaro que con el ala quebrada se arrastra por la arena".

#### APRECIACIONES FINALES

Escribió J. Payot en el Aprendizaje del arte de escribir (1945) que el estilo es fusión de inteligencia y los sentimientos en un todo armonioso, en una forma personal. Buffon, en su Discurso del estilo (1946), expresó: "El estilo es el hombre mismo". Romain Rolland, sentenció: Oratio vultus animi est. (El estilo es el alma).

Estos pensamientos quieren servir de base para ponderar la personalidad literaria de Rosa María de Britton, la autora



de Esa esquina del Paraíso. Aparece en el mundillo literario de improviso, mas no improvisadamente, según se desprende de sus triunfos consecutivos. Se preparó cuidadosamente para el éxito: excelente formación académica, afinamiento del sentimiento estético y mucha lectura; pero, también, y añadido a las virtudes dianoéticas, un temperamento fuerte, y un carácter extrovertido, alegre, picante, desenvuelto, triunfalista, segura de sí misma. Virtudes que le han dado el prestigio profesional del que hoy goza.

Así es su estilo de escribir. Sabe escoger el tema y tratarlo de manera diferente. Lo digo porque el de Esa Esquina del Paraíso no es nuevo; aparece explícito e implícito en otros narradores panameños. En todos ellos su fuente sigue siendo las obras trascendentes del fenecido recientemente don Joaquín Beleño C. Su planteo es novedoso y su modo de presentarlo se enmarca dentro de los más genuinos pronunciamientos de realismo social del teatro contemporáneo, en particular el hispanoamericano.

Esa esquina del Paraíso delinea la sicología social de un sector de la comunidad panameña de la ciudad condicionada por esa presencia extraña, alienante, perturbadora, que presiona nuestras vidas y deforma nuestro carácter de pueblo. Es una presión apabullante que parece haber logrado el objetivo de hacernos creer que allá en Esa esquina del Paraíso todo es mejor y perfecto en abierto contraste con las carencias insuperables surgidas del Sino geográfico.

Sin embargo, Rosa María de Britton hace notar a través de su personaje central, Eugenia o Jenny cómo se va desdibujando ese sentimiento de inferioridad y de impotencia a través de los esfuerzos heroicos de una liberación que ya se inicia con el desmantelamiento de las infraestructuras civiles y militares de la Zona:

"No tienes idea", le dice Jenny a Molly, "de la cantidad de personal de Pan Canal que ha pedido traslado para los States. Tienen miedo que si el gobierno coge la Zona todo se irá al carajo".

Importa subrayar que la autora presenta descarnadamente los hechos sin recurrir a expresiones que pongan de manifiesto ese patriotismo extemporáneo, alambicado, ultramontano tan manido en las obras de los poetas, novelistas, cuentistas y dramaturgos del medio.

La obra deja ver cómo aquella presencia moldea la cosmovisión y la filosofía de la vida de una comunidad --representada aquí en la familia de Rosa-- formada con valores que operan dentro de la "orientación mercantil" del carácter cuyo principio es: "Cuanto tienes, cuanto vales".

Y, desde luego, el elemento racial producto del gold roll y el silver roll, implantado desde los primeros días de la construcción del Ferrocarril y el Canal, que califica al panameño como "negro" --aunque sea blanco-- y al gringo como "blanco", aunque sea negro.

La lectura de la obra deja un sabor amargo en la boca, y una sensación de desengaño ante un estado de cosas que afecta a

la familia panameña en general y se traduce en estados anímicos diversos y ambivalentes.

Rosa María de Britton consolida, a nuestro juicio, sus dotes de escritora inteligente, ingeniosa, realista y con un notorio sentido de humorismo negro.

## DEL ESCENARIO

Una de las iniciales impresiones que se recibe al leer Esa esquina del Paraíso, obra teatral en tres actos premiada en el concurso Ricardo Miró 1986, es la autenticidad de sus descripciones. Nos referimos al escenario en donde se desarrolla la obra. Con la excepción de la ausencia, silenciosa y anodina del gato o del perro tinaquero, nada escapa a la penetrante observación de la escritora: la estructura de madera de la casa de la calle 13, barrio de pobres ubicada en el Casco Viejo de la ciudad; las paredes cuyo progresivo deterioro anuncia con una expresión que aspira a convertirse en metáfora ("... más que una pared es el transcurrir de los años"); esas "paredes de papel" donde nada se oculta de día y donde en las noches se escuchan los gritos dolorosos de una reyerta conyugal o los quejumbrosos gemidos y las vocesitas que delatan un encuentro amoroso y la pintura color "verde claro . . ."; y adentro, sillas deterioradas; la radio con envoltura de madera, siempre hablando o tocando; el foco solitario colgado del techo; la rejilla de madera; el espejo largo y estrecho; el calendario del año; la máquina de coser Singer a veces silenciosa, a veces con su trepidar constante y ensordecedor que advierte sobre el trabajo intenso y agotador; y lo que no podía faltar: el Corazón de Jesús, símbolo de la creencia, la devoción y la esperanza. Son esos cuartos "zonzos de calor y noche" que denuncia iracundo el vate Demetrio Herrera Sevillano.

#### DE LA AUTORA

A Rosa Ma. Crespo de Britton suele identificársela como una profesional de la medicina, dedicada a prevenir o a curar uno de los flagelos más grandes de la Humanidad: el cáncer. Muy poco o casi nada se sabía de sus inquietudes en el mundo literario local. Y ello no debe extrañarnos, pues si bien es cierto que muchos de los que se ejercitan a diario en una carrera científica o técnica son poseedores de una exquisita sensibilidad estética y cultura, no lo es menos que la mayoría desiste de concretar en una obra su saber y vivencias por lo absorbente de sus tareas cotidianas; otros, simplemente no les interesa; y, otros, en fin, escriben pero no publican por temor a la crítica dogmática y egofista que tiende a circunscribir el oficio dentro de la esfera de los denominados "humanistas" e "intelectuales". Prefieren esquivar la sentencia: "Zapatero a tu zapato".

A Rosa Ma. Crespo de Britton le admiramos su valerosa incursión por el mundo de las letras que siempre está a la espera de alguien a quien dispararle a quemarropa, o a saludarle como a un genio literario.

La carrera literaria de Rosa Ma. Crespo de Britton ha sido meteórica por decir lo menos. En un lustro ha conquistado cinco galardones del Ricardo Miró, el premio más codiciado por los escritores panameños: El Atad de uso (1982) y El Señor de las lluvias y el viento (1984), en la narrativa; ¿Quién inventó el mambo? (1985), en cuento; Esa esquina del Paraíso (1986) y Banquete de despedida (1987)--aún inédita--, en el género del Teatro, que por su difícil realización no ha tenido muchos cultivadores en el medio.

Las llamadas "peñas" o grupos de "trabajadores de la cultura" han recibido estos triunfos con diversos estados de ánimo que van desde la extrañeza hasta la sorpresa, sin dejar de mencionar una que otra manifestación de histeria grupal, motivada, que duda cabe, por un escondido sentimiento de envidia, o de desengaño ante un premio anunciado que

finalmente no cuajó; y de una falsa credulidad ante una arrolladora cadena de éxitos que, sin hipérbole, marca un hito en la literatura nacional. Lo afirmamos porque no es una hazaña fácilmente emulable el cultivar efectivamente tres géneros literarios: Novela, Cuento y Teatro. Sea como fuere, la verdad es que los jurados han ponderado sus cualidades estéticas y virtudes literarias: Imaginación y realismo; sensibilidad; calidad y cultura literarias (René Brebes); frescura, fluidez y primitiva espontaneidad en el uso del lenguaje y sentido del humor (Pedro Rivera y Carmen de Perigault); diálogos ágiles; personajes bien delineados, etc. (Adolfo Arias, Fernando Navas y Edgar Soberón Torchfa).

Esta noche se congrega en este Salón de Actos del Archivo Nacional una buena parte de lo más representativo de la intelectualidad y del profesionalismo panameños para acompañar a Rosa Ma. Crespo de Britton a la presentación formal de su obra de teatro. Nos toca en esta ocasión intentar un asedio crítico de la misma que esperamos sea de su satisfacción.

Febrero 22 de 1988.